R. MARIN



# GEMINUS

*El diario de Chiara*

Volumen II

**R. MARIN**

# GEMINUS

Volumen 2

El diario de Chiara

A los que se quedan, a los que se van.

R. Marin

**GEMINUS**

**EL DIARIO DE CHIARA**

# Capítulo 1

No sé por qué escribo en este diario.

Antes apuntaba muros en él. Grosores, números de piedras, morteros. Páginas enteras sobre una casa, y unas pocas líneas sobre el hombre que vivía dentro, en letra diminuta, para que no pudiera leerlas.

Las leía igualmente. Estoy casi segura.

Puede que fuera él quien me pegó la costumbre. Él escribe en la mesa, por la mañana, con su pluma. Yo, en el sillón, con mi lápiz. Parecemos dos oficinistas que no se hablan.

* * *

La mañana después del mar, subí la focaccia, él dijo que tenía hambre, y ya no me fui. No había pegado ojo.

Dejé mi bolso junto a la puerta. No volví a cogerlo.

* * *

El bolso se quedó. Yo volvía a mi casa por la noche, detrás de la iglesia. Al principio.

Luego apareció un cepillo de dientes, en el vaso del baño, al lado del suyo. No dijo nada. Lo apartó un poco, para que no se tocaran. Al día siguiente, volvían a tocarse. Yo no tengo nada que ver.

Luego un jersey, porque las noches refrescaban. Un vestido, luego dos. Mis libros, una pila, luego la pila de al lado. El diario, en cambio, ya no bajaba nunca.

Una mañana, yendo a por la focaccia, pasé por delante de mi puerta verde. Conté cuánto tiempo llevaba sin entrar. Necesité las dos manos.

En mi casa hay una sola taza en el escurridor. Se le debe de estar haciendo larga la espera.

Nunca lo hemos hablado, él y yo. Nadie ha decidido nada. Creo que por eso funciona.

* * *

Los primeros días casi no bajamos al puerto. El tobillo todavía me dolía. No es la única razón. No diré cuál. Es mi diario, hago lo que quiero.

Me besa en la escalera, en el umbral, en mitad de una frase. Una vez, en mitad de una medición: todavía tenía la cinta métrica en la mano. Esa medición no la terminé nunca.

* * *

Por la noche se duerme en el sillón, con el libro sobre la barriga y la boca un poco abierta. Y ronca. Todavía no se lo he dicho. Me lo guardo para nuestra primera pelea.

* * *

Un mediodía comimos en el puerto, en una terraza, bajo el toldo. Pidió trofie al pesto. Luego un postre. Luego un café. Hablamos, alargamos la sobremesa.

El sol se fue moviendo mientras hablábamos. Dejó atrás el toldo y vino a posarse en su silla. Él no se dio cuenta. Yo acerqué la mía a la pared. Hacía demasiado calor, nada más.

Por la noche estaba rojo. La frente, la nariz, la parte de arriba de las orejas. Se tocó la nariz con la punta del dedo e hizo una mueca.

Bajé a la farmacia a comprarle una crema. Refunfuñó por cumplir, y se dejó. La nariz primero.

* * *

Llegó el final de septiembre. El puerto volvió a ser de los que viven en él, y el dueño del bar nos pone dos focaccias en la mesa sin que pidamos nada.

Él siempre se queda con el último trozo. Se lo dejo.

* * *

No consigo dormir.

Me acurruco contra él. Ya duerme, con la mano en mi cadera, y me quedo así, sin moverme, para que no la retire. Escucho la casa. Los postigos que se mueven, el viento en la higuera, una barca abajo, muy lejos. No hay manera.

Así que me levanto, bajo y escribo junto a la chimenea. Como ahora.

Arriba, él duerme.

* * *

Pasé la primavera y el verano numerando las piedras de esta casa. Todas. Golpeé cada muro, medí cada grosor, revolví el archivo, robé una escritura de quinientos años. Nunca encontré nada. Ni una moneda. Ni un clavo.

Un día salió al jardín con una pala. No buscó. Fue derecho al pie del murete, del lado de la higuera, cavó y sacó una vasija de barro cocido, sellada con cera.

Dentro, monedas. Verdes, gastadas, con cabezas de hombres de perfil.

—Romanas —dije.

—Lo sé.

Las extendió sobre la mesa de la cocina, entre las migas, y les fue dando vueltas entre los dedos, una a una, mucho rato.

—¿Somos ricos? —le pregunté.

Yo pensé en mis etiquetas. Cientos. Ni una sola en ese murete.

* * *

Ayer Geminus me dijo que había firmado una donación a mi nombre. Mira que son raros, los vampiros.

Me lo anunció como quien anuncia que queda pan. Había pasado por el notario, antes del mar. La casa, y todo lo que hay alrededor. Para mí.

Le pregunté qué quería decir eso de todo lo que hay alrededor. Hizo un gesto vago hacia la ventana. Los olivos, los muretes. La higuera, supongo. El agujero al pie del murete, también.

Resumo, entonces. La agencia me paga por cuidar una casa que es mía. Limpio mi propia casa, y me dan mil euros por hacerlo.

Encima soy propietaria.

Y él, o sea, vive en mi casa. Se lo hice notar. Prometió no ensuciar. Nos sonreímos.

* * *

Esta mañana no encontraba mi bolso.

Tenía que bajar a la biblioteca. Lo busqué por todas partes. En la silla de la cocina. Debajo del sillón. En el dormitorio de arriba, en la cama, debajo de la cama. En el baño, al lado de los dos cepillos de dientes. Geminus escribía en la mesa. Levantó los ojos, los bajó.

Lo encontré junto a la puerta. Donde lo dejo siempre. Desde la primera mañana, en primavera.

Había pasado por delante por lo menos tres veces.

Bravo, gran detective.

**GEMINUS**

**EL DIARIO DE CHIARA**

# Capítulo 2

Hoy soy doctor.

Dottoressa, mejor dicho. Es la palabra que dijeron, y la oí como si fuera el nombre de otra persona.

Primero, el tren. Él junto a la ventanilla, yo junto al pasillo, con mis fichas en las rodillas. Las repasé hasta la ciudad. No dijo nada. A la quinta vez, puso la mano encima, y las guardé.

* * *

La escalera de mármol está gastada por el centro. Nadie pisa nunca los bordes. Generaciones de estudiantes, y yo he puesto mi parte. Olía a papel y a café frío.

En el pasillo, delante del aula, estaban los demás. Los otros candidatos y, a su alrededor, sus familias. Padres con corbata, madres que volvían a peinar a sus hijas, abuelas en las únicas sillas, ramos envueltos en papel, móviles en alto para no perderse nada.

Yo lo tenía a él.

Estaba apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos, y miraba a toda esa gente como si tomara notas. Una abuela le preguntó si era mi hermano. Dijo que no. Le preguntó si era mi novio. Dijo: «No exactamente». A ella le pareció estupendo.

Luego los ojos de Geminus pasaron por las corbatas, por los ramos, y se detuvieron en mí.

—Mis padres están muertos —dije.

No reaccionó.

—Pero creo que eso ya lo sabes.

* * *

Llegó mi turno.

Presenté la casa. Los grosores, las reparaciones, los muros que suenan huecos. Una foto por piedra, con sus etiquetas. Las tres capas: abajo, piedras pequeñas e irregulares, quizá romanas; encima, trabajo medieval; y más arriba todavía. La abertura tapiada. Dije «quizá romana» tres veces, con la prudencia que se espera de una estudiante.

Él se había sentado en la última fila. No se movió.

Uno de los profesores preguntó si el propietario me había dejado trabajar con libertad. Dije que había colaborado mucho. Detrás, alguien tosió.

No precisé que, desde entonces, la propietaria soy yo. No hablé de lo que hay debajo del armario. Mi tesina habla de los muros. El resto no es asunto del tribunal.

* * *

Después nos hicieron salir y volver a entrar a todos juntos, también a las familias. El presidente leyó los nombres, uno a uno. Cuando llegó al mío, busqué a alguien en la sala. Por reflejo.

Estaba allí. De pie, esta vez.

Fuera, en la gran escalinata de piedra, coronaban a los demás. Las madres ponían el laurel, los padres hacían la foto, las abuelas lloraban. Yo pensaba que volveríamos a casa así.

Sacó una corona de su bolsa. Hojas de laurel, una cinta roja. Dónde la había encontrado, misterio. Me la puso en la cabeza, bien recta, como quien sabe hacerlo.

Está acostumbrado, supongo.

Una chica accedió a hacernos una foto con mi móvil. Por primera vez, Geminus no se inmutó. Esto lo escribo.

* * *

Ya es octubre. El puerto está casi vacío. Las terrazas han recogido la mitad de las mesas. Las fachadas amarillas, ocres y rojas se ven por fin hasta abajo. Huele a sal, y ya no a crema solar. Ahora bajamos a menudo. Comemos bajo el toldo, frente al mar.

Ni él ni yo hemos vuelto a hablar nunca de aquella noche.

* * *

Esta mañana, mientras se tomaba el café, me dijo: «Entonces, como dijimos ayer, los postigos los hacemos en primavera».

—Sí —dije.

No recuerdo para nada haber hablado de postigos. Ayer comimos en el puerto, volvimos a subir, yo leí, él escribió. Repasé el día en orden, de principio a fin. Ni rastro de postigos.

Pero estaba tan seguro.

No le dije nada. En primavera, los postigos. Sonrió.

No es nada. Se equivocó de día, o me equivoco yo. Lo apunto de todos modos.

* * *

Sigo sin poder dormir. Qué raro. Esta noche he vuelto a pensar en la lámpara.

Ya me había pasado una vez, en mi casa. Una mañana me desperté a oscuras, vestida, con el diario a mi lado. Estaba segura de haber dejado la lámpara encendida. Segura. Recuerdo la lámpara encendida, y nada más.

No había vuelto a pensar en ello.

Puede que empezara ahí.

* * *

Anoche nos peleamos. La primera vez.

Empezó con una pregunta. Tengo montones, desde agosto. Él lo sabe. Cuando todavía cojeaba, me dijo: «Luego. Tenemos tiempo». ¿Y cuándo es luego? Ya ha pasado más de un mes.

Le pregunté quién pintó el retrato.

—Ya no me acuerdo —dijo.

Le pregunté dónde lo había puesto.

—Guardado —dijo.

¿Guardado dónde? No lo busqué. Bueno, sí, un poco. No en los armarios. No debajo de la cama. No detrás de las cajas azules.

Desde la trampilla, él ya no pronuncia su nombre. Yo tampoco. Pero ella está aquí, en la casa, con nosotros. A veces tengo la sensación de ser Clara, cuando soy Chiara.

Se lo dije. No tan bien como aquí. Grité un poco.

Dijo que no tenía nada que ver.

Le dije que sí. Que una mujer muerta hacía diecinueve siglos tenía mi cara, y que él la miraba todos los días. O me miraba a mí. O a las dos.

No contestó. Dijo: «Luego».

Así que saqué lo que me tenía guardado.

—Y además, roncas.

Me miró. «¿Desde cuándo?».

—Desde el principio.

Me lo había guardado durante semanas. Era mi mejor carta. Se rio. Y yo también, porque era ridículo, y me ponía furiosa reírme.

Subió a acostarse. Yo me quedé abajo con mi pelea.

Clara, en cambio, sigue guardada en alguna parte.

* * *

He releído lo que escribí el día de la laurea.

Es bonito. Y además es verdad. Pero falta algo.

Al final de mi presentación, una profesora me pidió que señalara la abertura tapiada en el plano. Mi casa. El muro que he tocado cien veces, con la mano plana. Miré el plano, y ya no sabía dónde estaba el fondo.

Duró lo que dura respirar dos veces. Encontré la foto, la foto me devolvió el muro, lo señalé con el dedo, seguí. Nadie notó nada. El tribunal asintió.

En la última fila, él me miraba. No sé si lo vio.

No lo había escrito.